

Pequeño diario

Jesús Bartolo



A LOS TRES AÑOS ME QUEDÉ SIN INFANCIA y sin la memoria de mi padre.
El mundo lloraba a sus hijos caídos en nombre de la revolución.
Mi pueblo era un hematoma: una hilera de huérfanos y viudas.
Conocí el sabor de la tortilla sin frijol y sin nada,
nunca usé más de un par de zapatos y dos cambios de ropa.
Mi madre iba y venía, trabajaba y estudiaba,
en un beso me dejaba su insomnio y su cansancio.
A esa edad conocí los discursos vacuos,
las calles desiertas y la esperanza rota,
los desfiles coloridos y la verdad callada;
a esa edad los muertos solo estaban dormidos
y los poetas dormidos estaban muertos.
Platicaba con mis canicas, quería ser un gran deportista
pero sólo tenía el sueño y el porvenir.
A los quince tuve que dejar la escuela
para condenarme a escribir por un amor fallido.
A los dieciocho deserté de la vida y me olvide de mí,
al siguiente año, enterré a mis amigos y mis amores.
A los veinte escribí mi epitafio
y me dedique a acribillar a la mujer en mis deseos.
A los veinticuatro me doy cuenta que siempre he estado muerto
y he decidido nacer a pesar de todo. ■■■